

Sir Tomás Moro

cançiller de Inglaterra

Francisco Troya



Directora de la colección: Mercedes Álvarez

© 2003, by Francisco Troya y Editorial Casals, S. A.

Tel. 902 107 007

www.editorialcasals.com

www.bambulector.com

Diseño de cubierta: Bassa & Trias

Fotografías: ACI; AISA, ALBUM

Ilustraciones: Farrés, il·lustració editorial

Fotografía de la cubierta: *Sir Thomas More*, de Hans Holbein, El Joven.

Lincoln's Inn, Londres.

Cuarta edición: julio de 2013

ISBN: 978-84-218-4797-8

Depósito legal: M-397-2011

Printed in Spain

Impreso en ANZOS, S. L., Fuenlabrada (Madrid)

Cuaderno documental de Miguel Castañer.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

| | | |
|-----------|--|------------|
| 1 | A un paso de la eternidad | 7 |
| 2 | Retrato de familia y recuerdos lejanos | 15 |
| 3 | En el mundo y desde el mundo | 21 |
| 4 | El humanista y su «Utopía» | 27 |
| 5 | Al servicio de Enrique VIII | 35 |
| 6 | El «asunto» del rey | 45 |
| 7 | Thomas More, lord canciller de Inglaterra | 53 |
| 8 | A contracorriente | 65 |
| 9 | El cerco se estrecha | 73 |
| 10 | La batalla está ganada | 81 |
| 11 | Prisionero en la Torre | 89 |
| 12 | Un hombre solo... con Dios | 97 |
| 13 | Última vuelta de tuerca | 105 |
| 14 | La hora de Thomas More: el juicio | 119 |
| 15 | En la antesala de la muerte | 129 |
| | Epílogo | 135 |
| | Anexo: Epitafio de Chelsea | 137 |
| | Bibliografía | 140 |

A un paso de la eternidad

El batir de tambores continuaba resonando, persistente, en los oídos de Margaret Clement. Era un sonido triste y grave, monótono, como el tañer de las campanas cuando repican a muerto. Un sonido que espanta y encoge el corazón.

Y luego, aquel fugaz destello del filo del hacha, que descendió como un rayo, aún reverberaba y hería sus ojos enrojecidos por las lágrimas.

Hizo un gesto con la cabeza, como queriendo desterrar aquellas imágenes, ahuyentar aquel rumor obsesivo de sonidos y visiones de muerte.

Se llevó ambas manos al rostro y dejó escapar un gemido ahogado:

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío!...

★ ★ ★

Aquella mañana del 6 de julio de 1535, la comitiva de soldados al mando del lugarteniente sir Edmund Walsingham había salido de la Torre de Londres llevando en

custodia al prisionero. A unos escasos trescientos metros más allá, en Tower Hill, todo estaba ya dispuesto para la ejecución. Sir Thomas More, el anterior lord canciller de Inglaterra, había sido acusado de delito de alta traición contra su majestad Enrique VIII y condenado a muerte.

Las campanas habían emitido ocho graves toques, como siempre, pero ahora parecían sonar más nítidos y solemnes; tal era el silencio, expectante, entre el gentío que allí se había congregado.

Al aparecer los arqueros y los soldados armados con picas y lanzas, la muchedumbre que aguardaba a las puertas de la Torre prorrumpió en contenidas y ahogadas exclamaciones.

El prisionero caminaba pausado; llevaba un vestido pobre y raído, de color gris, y entre las manos, una cruz roja.

—¡Qué demacrado está! —se oyó comentar a una mujer de entre la multitud.

—Sí, sí... —confirmó otra voz—. ¡Y qué delgado! Realmente parece un cadáver.

—*Sic transit gloria mundi*. Así de fugaz es la gloria mundana —exclamó sentenciosamente otra voz cercana—. Ayer, lord canciller del reino; hoy, decapitado.

Pero sir Thomas mostraba la actitud de quien hace ya mucho tiempo había renunciado a las glorias humanas, ocupado tan solo, durante los largos meses que estuvo en prisión, en meditar sobre la pasión de Cristo y en preparar su salida de este mundo.

El reo mostraba un semblante tranquilo y una leve y serena sonrisa se apuntaba en sus labios. La barba, larga y entrecana —había crecido mucho en esos meses de cau-

tiverio—, se agitaba con la suave brisa de aquella mañana de verano.

A su paso, no faltaron voces que le echaron en cara su ingratitud para con el rey, que le tacharon de traidor a la corona e incluso de hereje.

Pero tampoco faltaron voces y actitudes agradecidas, en reconocimiento a los beneficios recibidos de sus generosas y caritativas manos, a su prestigio e intachable rectitud moral como juez en una época de intrigas y corrupción..., o al ejemplo que daba ahora al ofrecer su vida por seguir el dictado de su conciencia, en defensa de la unidad de la Iglesia y de la autoridad del Papa.

Destacándose entre el gentío, una mujer le ofreció un poco de vino con que fortalecer su debilidad.

—Gracias, mujer —dijo Thomas More, rehusándolo amablemente—. Pero a Cristo, en su pasión, no le dieron a beber vino sino vinagre y hiel.

Otra tuvo que ser sujeta cuando se abalanzó sobre él, protestando de que, siendo canciller, había cometido una injusticia contra ella.

—Muy bien recuerdo vuestro caso —exclamó, deteniéndose, el prisionero—. Y, si tuviese que dictar sentencia de nuevo, os aseguro que sería la misma que la de antes.

Un hombre, a quien More había consolado con sus consejos y oraciones ante las dificultades que atravesaba, dificultades que le habían arrastrado incluso al borde del suicidio, le dijo a su paso:

—Master More, master More, ¿me reconocéis? ¡Por amor de Dios, os lo suplico, rezad por mí! Las dificultades han vuelto y no puedo librarme de ellas.

—Sí, os recuerdo bien —respondió—. Idos en paz, y rogad por mí, que yo no dejaré de hacerlo por vos.

Otra mujer le reclamó los documentos de unas posesiones, que había puesto bajo su custodia cuando era el lord canciller.

—Buena mujer, os lo ruego —le suplicó More—, tened todavía un poco de paciencia. Su majestad el rey es tan bueno conmigo que, en menos de media hora, me habrá liberado ya de toda preocupación, y os podrá ayudar él personalmente.

A media cuesta de la colina que se eleva detrás de la Torre, Thomas More se apoyó en un bastón. Se sentía muy débil. Un poco más arriba se levantaba el patíbulo.

Pero por entre las cabezas de la compacta muchedumbre que había acudido a presenciar la ejecución, Margaret Clement, su hija adoptiva, apenas si podía distinguir la figura de aquel que, de verdad, había querido como a un padre.

El reflejo de las lanzas y las picas, cuyos filos relucían con el sol de la mañana, indicaban a Margaret el avance de la comitiva. Esta adelantaba muy lentamente, a causa de la muchedumbre congregada. Margaret, medio oculta entre el gentío, vio a su padre cuando ya estaba pronto a alcanzar los peldaños que ascendían al cadalso.

Contuvo sus deseos de abalanzarse sobre él y abrazarlo y besarlo, y el rostro se le crispó de dolor. Margaret Clement fue la única persona de la familia de los More que estuvo presente en la ejecución. Pero sir Thomas no pudo saberlo.

Al subir los desajustados peldaños del patíbulo, estos crujieron. Sir Thomas notó que las fuerzas le flaqueaban aún más; tanto que estuvo a punto de caerse, y solicitó la ayuda del lugarteniente.

Le abandonaron las fuerzas, pero no el buen humor:

—Os pido, milord —le dijo—, que me ayudéis a subir, que para bajar no tenéis más que soltarme, que ya me encargo yo solo.

Una vez arriba, se dirigió a la nutrida muchedumbre que le contemplaba.

Margaret pudo oír, mientras el dolor le golpeaba el pecho, cómo rogaba a los allí presentes que rezasen a Dios por él, que él haría lo mismo por ellos en la otra vida; que rezasen especialmente por el rey, para que fuese iluminado en su tarea de gobierno; y que moría —todos pudieron oírlo con claridad— por ser un buen servidor del rey, pero antes de Dios.

Después Margaret observó cómo, con dificultad, se ponía de rodillas y recitaba, recogido en oración, el salmo número 50:

—*Miserere mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam...* Ten piedad de mí, oh Dios, según la grandeza de tu misericordia. Y según la muchedumbre de tus piedades, borra mi iniquidad... Crea en mí, oh Dios, un corazón puro, y renueva en mis entrañas el espíritu de rectitud... No desprecies, oh Dios mío, un corazón contrito y humillado...

Una vez que hubo terminado, se puso en pie. Acercándose al verdugo, lo abrazó y le dio las gracias. Este se arrodilló delante de él y, como era costumbre, le pidió que le perdonara:

—¡Pero hombre! —respondió More, sonriendo—. Ánimo, y no tengáis miedo en cumplir con vuestro oficio. Mi cuello es muy delgado. Pero... tened cuidado de no cortar de lado, para que no se hable mal de vuestro prestigio.

Rehusó el gesto del verdugo cuando este se le aproximó con intención de vendarle los ojos.

—Lo haré yo mismo —le dijo, al tiempo que sacaba un pañuelo que traía en el bolsillo.

Luego, el verdugo extrajo el hacha de debajo de un montón de paja amontonada.

El ajusticiado se reclinó despacio, muy despacio, hasta reposar la cabeza sobre el tajo de madera. Al hacerlo, notó que se le había quedado enredada su larga barba entre la garganta y el madero, por lo que advirtió al verdugo:

—Por favor, permitidme que pase la barba por encima del tajo, no vaya a ser que la cortéis.

El verdugo ya había elevado en el aire el hacha.

—Ella... —prosiguió More— no ha cometido ningún delito de alta traición.

Y se hizo el silencio.

Un silencio denso, muy denso, que quedó interrumpido por el golpe seco del hacha que limpiamente seccionó el cuello y quedó clavada en el madero, y por el lúgubre ruido de la cabeza al rodar por las tablas, que quedaron manchadas de sangre.

★ ★ ★

Una vez obtenido el permiso para dar sepultura al cuerpo del ajusticiado, con gran dolor, sacando fuerzas de fla-

queza, entre Margaret Clement, Margaret Roper, la hija mayor de Thomas More, y Dorothy Harris, tomaron el mutilado cadáver de sir Thomas More, y lo envolvieron en una sábana. Le dieron sepultura en la pequeña iglesia de Saint Peter, situada dentro del recinto de la Torre.

El verdugo había echado la cabeza de More, con barba y cabello, en un caldero con agua hirviendo. Luego, a la entrada del puente de Londres, donde se exponían sobre los palos las cabezas de los ajusticiados para público escarmiento, el verdugo cogió la calavera del obispo de Rochester, John Fisher, y la arrojó a las aguas del río; mientras esta se hundía, sobre aquella misma pica clavó la cabeza de sir Thomas More.

El día había ido avanzando lenta y dolorosamente, y el sol se encontraba ya muy arriba.

Retrato de familia y recuerdos lejanos



Sir Thomas More vio por primera vez la luz —esa luz que de modo tan violento se le habría de apagar— probablemente un 7 de febrero de 1478 en la ciudad de Londres. Su padre, sir John More, era un prestigioso abogado y juez que estaba casado con Agnes Graunger. Thomas fue el segundo hijo que tuvo el matrimonio pues primero había nacido una niña, Joan, después él, y con un año de diferencia, vendrían Agatha, que murió a temprana edad, John, Edward y, por último, Elizabeth.

Cuando Thomas cumplió los cinco años, murió la madre, y los hijos fueron creciendo sucesivamente bajo los cuidados y la protección de tres madrastras. Su relación con ellas fue muy cordial, y estas supieron cumplir con su deber de atender el hogar y sacar adelante a tan numerosa prole.

Tenía Thomas siete años, cuando el juez John More le llevó a la prestigiosa escuela de Saint Anthony. El colegio tenía fama de ser el mejor de la ciudad, y además era gratuito. Aquí adquirió las bases de una esmerada educación y los primeros fundamentos en el aprendizaje de la

lengua latina, que le sería indispensable para posteriores estudios. A lo largo de su vida, Thomas utilizaría el latín con la misma fluidez y naturalidad que su propia lengua materna.

Después, de 1490 a 1492, el joven Thomas pasó a completar su educación en el palacio arzobispal de Lambeth. Entró como paje al servicio de John Morton, arzobispo de Canterbury y, también, canciller de Inglaterra.

«Este hombre —años después así lo recordaría Thomas More en su obra *Utopía*—, que no era difícil de trato, aunque sí serio y grave, gustaba de parecer desabrido con los que venían a solicitar algo, pero sin llegar a herirles, como si tratase de probar el ingenio y la fortaleza de ánimo del solicitante. Esa disposición, siempre que no llegase al descaro, le producía complacencia, no solo por afinidad con su propio temperamento, sino también por considerarla cualidad apropiada para la administración de los asuntos públicos».

La espontaneidad y desenvoltura del paje Thomas, su simpatía y sentido del humor, sus deseos de saber y de adquirir cultura no pasaron desapercibidos al arzobispo, y pronto le granjearon la benevolencia y protección del prelado.

En ocasiones, cuando con motivo de una fiesta, como en Navidades, se celebraba una representación teatral, Thomas, sin pensarlo dos veces, se introducía entre los actores, creando e improvisando su propio papel, y provocando la risa de los espectadores mucho más que el resto de los actores.

El canciller Morton gozaba con su vivo ingenio y su buena disposición; tanto que solía comentar a los no-

bles y personalidades que, con frecuencia, invitaba a comer:

—Este muchacho que nos sirve la mesa —decía, lleno de satisfacción, refiriéndose a Thomas—, quien viva para verlo, verá que llega a ser un hombre extraordinario. Lo verá, sí. Ya lo creo.

Y no se engañaba el anciano cardenal...

El tiempo transcurrido en Lambeth permitió al joven More observar muy de cerca el comportamiento de los grandes y nobles del reino, seguir el protocolo y las reglas de cortesía en las recepciones a los embajadores de otros países, y admirarse con los presentes que aquellos traían y con las cosas que oía de remotos lugares, lo que le sería de gran utilidad en un futuro no muy lejano.

Por mediación del arzobispo Morton, en 1492, cuando Thomas cumplió los catorce años, ingresó en la universidad de Oxford.

Pasó, así, de las comodidades y el fausto del palacio del canciller a las frías aulas y edificios de piedra de Oxford. Aún más, puesto que al rigor disciplinario que caracterizaba al Canterbury College, se añadió la intención del juez More de que su hijo aprendiera a desenvolverse en la vida con lo estrictamente justo e imprescindible, a pesar de que la familia gozaba de una situación económica más que desahogada.

Mucho le costó entender, entonces, el tener que pasar por aquellas estrecheces económicas. Sin embargo, más tarde, recordaría con agradecimiento aquel proceder de su padre:

—Así fue —explicaría después— que no caí en vicios ni perdí el tiempo en diversiones extravagantes o peligroso-

sas. Ni siquiera tuve oportunidad de saber lo que eran, porque mi asignación no daba para tanto.

Pero más, mucho más, le costó aceptar la decisión de su padre de sacarle de Oxford después de que hubieran transcurrido dos años de vida universitaria. Porque allí, Thomas había perfeccionado su latín y había empezado a estudiar griego y, sobre todo, a entusiasmarse con la cultura clásica y a respirar los nuevos aires que traía el Humanismo renacentista.

No obstante, el juez John More estaba firmemente convencido y decidido a que su hijo —le amenazó con desheredarle— no siguiera la escasamente remunerada vida del intelectual, siempre en busca de protector y mecenas, sino que se ganara la vida ejerciendo de abogado, igual que él, que, al menos en Inglaterra, gozaba de respetuoso prestigio.

Así, cuando terminó el curso escolar y llegaron las vacaciones de verano Thomas More, con gran pena y muy a pesar suyo, tuvo que regresar a Londres.

Y precisamente aquel verano de 1494, su pecho latió por primera vez con violenta y desconocida fuerza. Thomas había sentido el amor...; un amor apasionado y adolescente, que fue tan intenso como breve, pues los padres de aquella jovencita de dieciséis años que se llamaba Elizabeth no permitieron que el idilio progresara.

Y Thomas no volvió a verla más, porque, como escribió en los versos que le dedicó:

«un vigilante y una puerta cerrada
sellaron para siempre nuestro amor».

Acabó el verano y empezó un nuevo curso. Thomas More ingresó en New Inn, una de las academias de la cancillería del reino —que también hacían las veces de residencia de juristas y alumnos— para estudiar leyes. En sus estudios pronto hizo notables progresos, avanzando desde los niveles más bajos a los más altos. Dos años después pasó a Lincoln's Inn, en donde prosiguió su formación, y, como en sus años de Oxford, con una pensión muy reducida, hasta concluir los estudios y ser reconocido como abogado con todas las calificaciones.

Durante estos años, compaginó la jurisprudencia con el estudio de las disciplinas humanísticas que tanto le apasionaban, así como el de las materias teológicas y las referentes a las Sagradas Escrituras, poniendo de manifiesto, además de sus amplias inquietudes intelectuales, su gran capacidad de trabajo.

El prestigio del joven Thomas More como abogado y humanista se iría cimentando cada vez más sólidamente con el transcurrir del tiempo.